

Volga, Volga ... huelga, huelga Nueva realidad sindical en la URSS

Julio Sevares: Economista argentino. Es analista de temas de su especialidad en el diario *Clarín* de Buenos Aires, Integrante del Centro de Investigaciones CSEA. en la misma ciudad.

Los densos muros que ha ido derribando la «perestroika» en la URSS, han dejado entrever en los últimos meses el surgimiento de conflictos laborales cada vez más frecuentes allí. Los mismos que con anterioridad fueron, además de acallados, reprimidos con gran violencia. La ideología oficial, que no admite la posibilidad de conflicto entre los obreros y el Estado, que en este caso es su empleador, aparece como responsable de una regimentación del trabajo y una anulación de los sindicatos, que ha existido en la URSS antes, durante y después de Stalin. Las formas tradicionales de protesta desarrolladas por los trabajadores soviéticos contra los directivos de las fábricas y oficinas: la baja productividad y el ausentismo, están siendo reemplazadas por huelgas abiertas y el surgimiento de incipientes «sindicatos libres». Estos constituyen un nuevo desafío a la política de apertura de Gorbachov J -a la vez- son portadores de una fértil semilla de cambios trascendentales en la sociedad soviética.

Las noticias provenientes de la Unión Soviética dan cuenta de numerosas protestas se deberían, a su vez, a la política de reestructuración (*perestroika*) que lleva adelante la dirección del país. La información oficial no menciona el término «huelga», y que esa figura no existe en la URSS, sino la de «interrupciones del trabajo».

La ideología oficial soviética no admite la posibilidad de conflictos laborales, porque supone que no existe contradicción entre los intereses de los trabajadores y el Estado. De aquí las autoridades suelen deducir que quienes realizan o promueven el conflicto son contrarios al sistema, provocadores y a veces agentes extranjeros, lo que en el pasado sirvió para justificar violentas represiones contra movimientos obreros independientes. Ahora, la información sobre las «interrupciones del trabajo» por parte de las propias agencias informativas oficiales, muestra un cambio de

actitud hacia los conflictos y en el manejo de dicha información, acorde con la política de transparencia (*glasnost*).

Pero, de todos modos, la regimentación de la fuerza de trabajo es una de las características básicas de la organización social soviética y nada hace prever que ésta se modifique sustancialmente en el futuro próximo. Los antecedentes de esta situación podrían puntualizarse como sigue:

- En la teoría marxista no está contemplada la posibilidad de conflicto entre los intereses obreros y los del Estado en la sociedad socialista o en transición, ya que este Estado representaría los intereses de los trabajadores.

- En la experiencia soviética, la clase obrera fue la protagonista de la revolución y, teóricamente, la destinada a conducir los destinos de la nueva sociedad, pero el partido y el aparato burocrático comandado por éste le suplantaron en el poder. Los sindicatos se integraron al Estado y las rebeldías de los trabajadores por motivos económicos o sindicales fueron consideradas como atentados contra el propio Estado y, muchas veces, ferozmente reprimidas.

- En la configuración de este resultado tuvo gran influencia la debilidad social relativa de la clase obrera y de sus organizaciones al inicio de la revolución y la ausencia de una tradición sindical y del ejercicio de la democracia política. Estos elementos figuraban, por el contrario en la formación y, competencia, de los trabajadores de países industrializados que según la teoría debían comenzar el ataque contra el capitalismo, pero el ataque comenzó en otro frente y esta «equivocación» de la historia marcó para siempre la concreción real de los ideales socialistas.

La teoría

La opresión y el descontento de las masas venían asociados, en las diferentes formas de pensamiento socialista, a sistemas de explotación en los cuales un grupo ejercía el poder y se apropiaba del excedente social en beneficio propio. El capitalismo se convirtió, para el marxismo, en el último escalón histórico de la serie de sistemas de explotación. A partir de aquí, los obreros industriales ya estarían en condiciones de acabar con el grupo dominante, racionalizar y democratizar la distribución del excedente, comenzar a construir una sociedad libre de toda opresión, lo que suponía a su vez la disolución del Estado. Marx consideraba que la mecanización contribuiría a homogeneizar los procedimientos laborales, tendiendo a la anulación de las diferencias entre el trabajo manual e intelectual y, consecuentemente,

mente, a eliminar las desigualdades sociales que la división del trabajo provoca aun dentro de la masa laboral.

Pero esto no sucedió. El desarrollo industrial y tecnológico amplió, antes que cerrar, la diferencia entre los niveles de entrenamiento necesarios para organizar la producción y para realizar el trabajo concreto. Amplió también las diferencias de habilidad requeridas para hacer diferentes tipos de trabajos industriales.

Ya Engels observaría la formación, en la Inglaterra decimonónica, de una capa de obreros mejor entrenados y pagados, cuyos intereses comenzaban a diferenciarse del resto, y que serían el germen de las «aristocracias» obreras.

La experiencia soviética

En esta experiencia se produjo un enorme juego de tensiones entre las hipótesis teóricas plasmadas en el programa de los bolcheviques, por un lado, y la estructura de producción, que contenía elementos tendientes a perpetuar las diferencias entre dirigentes y dirigidos y el legado histórico recibido, por el otro.

El resultado fue una nueva forma de dominación que supone, inevitablemente, una severa regimentación del trabajo. Y esto no se debió a la inicial falta de energía de los obreros rusos.

Isaac Deutscher afirmó que «ninguna clase de la sociedad rusa, ni ninguna clase obrera en cualquier parte del mundo, ha actuado jamás con la energía, la inteligencia política, la capacidad de organización y el heroísmo con que los obreros rusos actuaron en 1917 (y después en la guerra civil). La circunstancia de que la industria moderna de Rusia consistiera en un pequeño número de enormes fábricas, concentradas principalmente en Petrogrado y Moscú, dio a los obreros agrupados de las dos capitales una extraordinaria capacidad de ataque en los mismos centros nerviosos del antiguo régimen».¹

Pero los obreros rusos eran un grupo reducido entre la enorme masa campesina. Tenían disposición de combate, pero no experiencia técnica para hacerse cargo de los medios de producción o, cuando menos, tener una influencia mayor sobre los especialistas que comenzaron a dirigirlos. Gran parte de ellos eran apenas campesinos recién llegados a las ciudades y que no pocas veces abandonaban los talleres para volver a la aldea; su disciplina y experiencia política estaban muy lejos de esa

¹Deutscher, Isaac: La revolución inconclusa, Ediciones Era, p. 32.

clase industrial ideal que habría podido cambiar las bases sociales de su país y del mundo.

En un primer momento, los bolcheviques no se inquietaron por esta fisura entre la teoría y la historia que les tocaba vivir, ya que pensaban que muy pronto la revolución en Alemania y otros países industriales pondría las 'cosas en su lugar. Pero el milagro . --no sucedió y la revolución quedó aislada del resto del mundo y perdida en la amenazadora estepa del atraso ruso. Los bolcheviques no se desanimaron y, si la historia no conducía naturalmente a su país hacia el destino que habían imaginado, ellos se dispusieron a hacerla. En una situación como la que encontraron los bolcheviques, especula E.H. Carr, «sólo un santo o un tonto habría dejado el poder, pero los bolcheviques no eran santos ni tontos, y adaptaron su teoría y su práctica a las condiciones concretas con las que debían operar».

Aquí puede encontrarse uno de los puntos de partida de la progresiva separación entre los intereses del partido o, más precisamente, de sus dirigentes y los altos funcionarios del Estado, y los de la masa de trabajadores.

Lenin puso muy en claro la diferenciación de tareas entre dirigentes y dirigidos en 1919, cuando afirmó que «los soviets, que de acuerdo con su programa son los órganos de administración integrados por trabajadores, constituyen en realidad los órganos de administración *para* los trabajadores (subrayado del autor) y de regir esos órganos se encargan *no* las masas obreras, sino el sector dirigente del proletariado»². En esta última expresión debe leerse «el partido bolchevique» o, más exactamente, «el sector dirigente del partido bolchevique». También ese año Lenin afirmaba que «la dictadura de la clase obrera la lleva a efecto el partido bolchevique, el cual desde 1905 o antes forma un todo con el proletariado revolucionario»³.

Si la clase obrera ya no gobernaba directamente a través de los soviets, si tampoco iba a controlar directamente la producción mediante el control de las empresas (como se verá más adelante), si tan sólo un grupo -el del partido- iba a realizar esas tareas en su nombre, entonces ya existía la posibilidad de que los intereses de obreros y del grupo vicario divergieran .

Por supuesto, Lenin penso en un primer momento que, debido a su ideología y a su carácter revolucionario, el partido siempre sería «un todo» con el proletariado. Pero ya al borde de su muerte advirtió la formación de tendencias burocráticas con

²Carr, E.H.: El socialismo en un solo país (1), Alianza Editorial, p. 114.

³Idem, p. 114.

intereses propios, que poco tenían que ver con el ideal de barrer toda opresión del suelo ruso, primero, Y del mundo, después. La evolución del partido confirmó las predicciones que hiciera Trotsky ya en 1904, cuando acusó a Lenin de desarrollar un tipo de organización partidaria que acabaría por sustituir a la clase obrera ⁴, aunque Trotsky fue más tarde un ardiente defensor de la doctrina del partido único y de la organización verticalista de ese partido y del ejercicio de su dictadura sobre toda la sociedad.

Se confirmaron también las lúcidas observaciones de Rosa Luxemburgo, al criticar la doctrina del partido único, cuando afirmara que «sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitadas, lucha libre de opinión y en toda institución, la vida se extingue y lo único activo que queda es la burocracia (...) esto deviene en el predominio de una pandilla (H.) una dictadura, es cierto, pero no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, vale decir la dictadura en sentido burgués, en el sentido del dominio jacobino »⁵.

En definitiva, se produjo la secuencia profetizada, también esta vez, por León Trotsky: la dictadura del partido sustituye a la de la clase obrera, luego aparece la dictadura del Comité Central y finalmente la dictadura de un jefe. En la Unión Soviética ese jefe se llamó Stalin ⁶.

Organización de la producción y del trabajo

El régimen revolucionario soviético se encontró desde su primer día de vida ante el tremendo desafío de reorganizar una producción devastada por la guerra, primero, y por la agresión externa, después. Pretendía hacerla, además, de acuerdo a un modelo que había sido pensado para sociedades más avanzadas y que nunca antes había sido experimentado. Una de las premisas cruciales de ese modelo era trasladar al proletariado las palancas del poder económico y político.

Una de las primeras medidas legislativas para lograr esos objetivos fue el establecimiento de los consejos obreros, a través de los cuales los trabajadores de cada fábrica tenían una importante participación en la toma de decisiones. Se trataba, sin duda, de una medida de democracia proletaria radical y respondía por entero al espíritu de la utopía socialista.

⁴Idem, p. 115.

⁵Luxemburgo, Rosa: *Crítica de la Revolución Rusa*, Biblioteca de Marcha, p. 108.

⁶Carr, E.H.: 1917, Editorial Anagrama, p. 163.

Pero la realidad se opuso tenazmente a las intenciones bolcheviques del primer momento y uno de los obstáculos fue la situación de la propia clase obrera, que era, por esos años, escasa y poco idónea. Buena parte de los obreros industriales formados en la incipiente industria rusa había muerto en el frente de batalla y otros habían vuelto al campo. La gran masa de los obreros activos en ese momento carecía de experiencia laboral, de la disciplina que se supone en una clase obrera avanzada y, por supuesto, carecía de la conciencia de clase en el sentido marxista: estaba muy lejos de ser una «clase para sí».

El personal de las fábricas era inestable, porque los obreros tomaban o dejaban el trabajo según el beneficio que podían obtener -a veces por una corta temporada trabajando en el campo o en otras fábricas. Gran parte de la clase trabajadora estaba compuesta, como se lamentaba Lenin, por «elementos volanderos».

Esto no sólo dificultaba la organización de la producción, sino creaba las bases para la aparición de una capa de organizadores y jefes, diferenciada y dominante. En palabras de Deutscher, «unos cuantos años después de la revolución, la disminución y desintegración de la clase obrera le permitió a la burocracia establecerse como fuerza social dominante»⁷.

El caso es que, como señala Carr, «las primeras medidas legislativas sobre el poder obrero se vinieron abajo llevando las fábricas a la anarquía y a una catastrófica merma de producción, debido en gran medida a la total incapacidad de los comités de fábrica para ocupar el lugar del personal técnico y dirigente que se negó a colaborar con el nuevo sistema»⁸.

Tras el fracaso de los comités de fábrica, comenzó la centralización de la producción en manos del Estado y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo, en un intento desesperado por salvar a la sociedad de la catástrofe: era la hora del «comunismo de guerra».

Sobre el mismo explica Preobrazhenski que «el periodo del comunismo de guerra no planteaba al Estado un problema de acumulación ampliada, en las condiciones de un sistema nuevo de propiedad, sino el problema de la victoria militar, de un lado; y de otro, el de la alimentación de aquella comuna de pobres que luchaba contra el mundo capitalista entero: la que entonces constituía el proletariado y la parte más pobre del campesinado con su ejército. La economía de ese periodo era

⁷Deutscher, Isaac: op. cit., p. 59.

⁸Carr, E.H.: op. cit., p. 151.

el comunismo de guerra y de consumo. Su tarea consistía en resistir, en subsistir bien que mal, y vencer»⁹.

En tales condiciones y consignas, la regimentación de la mano de obra era inevitable. En octubre de 1918 el código de trabajo de la URSS implantó la obligación general del trabajo. En diciembre de ese año se impuso un registro y movilización de todo el personal técnico, y en enero de 1919 se decretó la movilización de los especialistas agrícolas, los ferroviarios, los obreros de los transportes marítimos y fluviales, y los empleados de algunas administraciones centrales. En enero de 1920 se legisló el reclutamiento para todo trabajo socialmente útil ¹⁰.

Lenin clamaba por una *disciplina de hierro en el trabajo* y en el VII Congreso de los Soviets de 1919 al comentar una legislación que implantaba el trabajo obligatorio en la tala de madera afirmaba que «actualmente en la Unión Soviética, Estado obrero, el trabajo es una obligación de todo ciudadano y, por tanto, el trabajo obligatorio debe deducirse claramente de la Constitución, del concepto mismo de organización del Estado soviético» ¹¹.

León Trotsky iba más lejos aún, proponiendo la militarización del trabajo. El sistema socialista, sostenía, debe considerar la sociedad como una totalidad indivisible, constituida por fuerzas naturales y humanas, en la cual los hombres se sirven de las fuerzas de la naturaleza por medio de «una distribución racional del trabajo humano entre la agricultura, las industrias, el transporte, etc.». Esa distribución debía hacerse además mediante el «servicio laboral obligatorio»¹².

También afirmó: «avanzamos ahora hacia un tipo de trabajo socialmente regulado, conforme a un plan económico obligatorio para todo el país, es decir, forzoso para cada trabajador (...) Sabemos que todo trabajo es un trabajo socialmente coercitivo. El hombre tiene que trabajar para no morir. No quiere trabajar, pero la organización social le compele y empuja en esta dirección»¹³.

Pero también este esquema fracasó. Los estímulos políticos y la coerción tuvieron un efecto muy limitado y el trabajo resultante fue poco eficiente, especialmente en el agro.

⁹Preobrashenski, Eugeni: La Nueva Economía, Pasado y Presente, p. 142.

¹⁰Chambre, Henri: El marxismo en la Unión Soviética, Editorial Tecnos, p. 94.

¹¹Idem, p. 98.

¹²Idem, p. 99.

¹³Carr, E.H.: op. cit., p. 90.

NEP

Los bolcheviques volvieron sobre sus pasos, y en julio de 1921 fue abolido el trabajo obligatorio para los campesinos, remplazándose por un impuesto y prestaciones sociales. En 1922, el Comisario de Trabajo declaró en el V Congreso de los Sindicatos que, dado que seguían creándose empresas privadas y que las del Estado se regían por el sistema de contabilidad comercial, las medidas de coacción en el mercado de trabajo resultaban perjudiciales e inútiles¹⁴.

Con el advenimiento de la Nueva Política Económica (conocida internacionalmente como NEP), la legislación laboral se liberaliza adaptándose a los mecanismos de mercado. Se restablece la libre contratación de la mano de obra, sobre la base de un salario mínimo, y se reducen los alcances del trabajo obligatorio. Se restablece el derecho de huelga.

Pero si el trabajo había dejado de ser una obligación, dejó también de ser un derecho, es decir, la garantía legal de que todo trabajador tendría ocupación.

Este interregno no duró mucho. El trabajo comenzó a regimentarse nuevamente con el abandono de la NEP, el inicio de los planes quinquenales y la marcha forzosa hacia la industrialización.

El 20 de octubre de 1928, una resolución del Comité Central del Partido Comunista en la URSS (PCUS) reclamaba «medidas destinadas a una planificación del suministro de mano de obra a la economía nacional, y medidas destinadas a impedir sus oscilaciones»¹⁵. Era el primer paso para volver a suplantar el mercado de trabajo por un sistema de distribución centralizada de la mano de obra.

Muchos dirigentes de la época vieron y expusieron con crudeza la realidad de que, en una economía atrasada como la rusa, el aumento de la productividad debía provenir, necesariamente, del mayor esfuerzo de los trabajadores, que se lograría mediante una vasta serie de medidas compulsivas, estímulos materiales y políticos. En consecuencia, se restableció la obligatoriedad del trabajo, se impidió el abandono o traslado voluntario de ocupación, se suprimió el derecho de huelga, y se fijaron severas penas para las violaciones de las disposiciones laborales.

¹⁴ Chambre, H.: op. cit., p. 90.

¹⁵ Idem, p. 106.

En 1930 se estableció una legislación laboral que permitía, incluso, el *traslado forzoso* de trabajadores bajo ciertas circunstancias. Para aumentar la productividad de los trabajadores, se extendió el uso de los incentivos materiales, lo que a su vez aumentó la diferencia de ingresos dentro de la masa trabajadora. Las diferencias en las remuneraciones, o en las condiciones de vida de los trabajadores, habían sido vistas hasta el momento por la doctrina oficial como el producto inevitable de la escasez, como una lacra a superar. Bajo el stalinismo se convirtieron en un preciado objetivo político. Nada más brutal, en este sentido, que la afirmación de Stalin considerando al *igualitarismo* -el sueño de todo utopista o reformador social- como un «*prejuicio pequeño burgués*».

Isaac Deutscher ofrece en *La revolución inconclusa* un vívido cuadro de la situación de la época: «Algo más de 20 millones de campesinos fueron trasladados a las ciudades durante la década del 30. Su adaptación fue dolorosa y agitada. Durante mucho tiempo siguieron siendo aldeanos desarraigados, habitantes de las ciudades contra su voluntad, desesperados anárquicos e indefensos.

Fueron acostumbrados a los hábitos de la vida en la fábrica y mantenidos bajo control mediante una regimentación y una disciplina despiadadas(...) Ellos llevaron consigo a la industria el burdo individualismo de los *mujiks*. La política oficial explotó esta actitud, incitando a los reclutas industriales a competir entre sí por bonos, primas y múltiples formas de trabajo a destajo. Así, en las fábricas, los obreros fueron enfrentados entre sí, y los pretextos de la competencia socialista fueron utilizados para impedir la formación y manifestación de cualquier solidaridad de clase»¹⁶.

Después de los años de las grandes transformaciones industriales, el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial fue utilizado como un nuevo argumento para aumentar la regimentación del trabajo y el poder de la capa dirigente.

Con la desaparición de Stalin y el cambio de la situación política, la regimentación laboral fue menos severa. La clase obrera tenía una composición social diferente: los obreros, ya en su mayoría de origen urbano, hijos -a lo sumo- de campesinos proletarizados, tenían experiencia no sólo en el manejo de las máquinas, sino en las estrategias de resistencia pasiva a las condiciones laborales. Por otra parte, habían soportado y vencido en una guerra y esperaban comenzar a recibir los beneficios del socialismo. No eran ya un ejército amorfo que un Estado policial podía manejar tan fácilmente. El progreso económico había alejado, además, la urgencia y la justi-

¹⁶Deutscher, Isaac: op. cit., p. 57.

ficación de la cuasi militarización del trabajo. Pero el movimiento obrero quedó estrictamente regimentado por el Estado y los intentos de acciones reivindicativas o de organización independiente fueron reprimidos con todo rigor. Las organizaciones sindicales tuvieron, tienen, en esta regimentación, un papel protagónico.

El papel de los sindicatos

Según el artículo 7° de la Constitución de la URSS, la tarea de los sindicatos es participar en la administración de los asuntos del Estado y de la sociedad, en la solución de los problemas políticos, económicos y socioculturales. En la Unión Soviética, prosigue, «los sindicatos centran su atención en la realización práctica de una doble tarea, que conjuga la preocupación por el fomento de la economía nacional, el ascenso de la producción, con el desvelo por los derechos y los intereses de los trabajadores, por las condiciones de su trabajo y vida cotidiana».

El Estado fija la responsabilidad de los funcionarios, incluida la responsabilidad penal para quienes impiden la actividad de los sindicatos. El partido dirige a los sindicatos a través de los comunistas miembros de los mismos.

En cuanto a los deberes de los trabajadores, el artículo 60° de la Constitución establece que «es un deber y una cuestión de honor de cada ciudadano apto, respetar la disciplina sindical»¹⁷. No resultó muy difícil para el gobierno soviético lograr semejante grado de regimentación.

En la Rusia prerrevolucionaria, los sindicatos habían tenido un pobre desarrollo y por eso no tuvieron participación en la Revolución de Octubre. Paralelamente a ellos habían crecido los comités de fábrica que: según el relato de Carr, «habiéndose extendido espontáneamente por las fábricas después de la revolución de febrero, fueron legalmente reconocidos por el gobierno provisional y facultados para representar a los trabajadores en sus relaciones con el patrono (...) Se convirtieron en la corporización del lema bolchevique de 'poder obrero' que significaba o pretendía significar, no sólo que los trabajadores debían hacerse con el poder estatal por medio de los soviets, sino que las fábricas privadas debían quedar sometidas a la dirección de los obreros en ellas empleados»¹⁸.

Por otra parte, en los comités los bolcheviques tenían un papel dirigente, mientras los sindicatos estaban formados por los obreros más especializados, entre los cua-

¹⁷Diccionario de la Constitución del País de los Soviets, Editorial Progreso, p. 259.

¹⁸Carr, E.H.: op. cit., p. 150.

les era muy fuerte la influencia menchevique. Pero como ya se vio, la política de control obrero de la producción fracasó, dando paso a la organización centralizada de la producción. En esta nueva fase los bolcheviques revalorizaron el papel de los sindicatos, pero no como instrumentos de defensa de los trabajadores, sino de organización del trabajo en función de los planes de producción.

En 1918 se realizó en Petrogrado el primer congreso panruso de sindicatos, cuya dirección ya había sido conquistada por los bolcheviques. Allí se resolvió que los sindicatos «se transformarían inevitablemente en órganos del Estado socialista» y que para los obreros la calidad de miembro de los sindicatos constituiría «parte de su obligación para con el Estado»¹⁹.

Bujarin esperaba por ese tiempo que «la vida económica entera constituiría una unidad de arriba a abajo, efectivamente controlada por los sindicatos industriales»²⁰.

Trotsky a su vez proponía la estatización de los sindicatos. Comité Central puntualizaba que «la rivalidad que frecuentemente encontramos entre los organismos económicos y los sindicatos ha de ser superada. Bajo la dictadura del proletariado, tanto la dirección económica como los sindicatos, deben considerar como asunto propio el aumento de la productividad»²¹.

Los sindicatos, dirigidos por miembros del partido gobernante, siguieron prolijamente estas directivas, promoviendo la disciplina en el trabajo y el aumento de la productividad. Los propios sindicatos apoyaron el sistema de trabajo a destajo y la actividad de los grupos stajanovistas.

La tendencia de los sindicatos, refiere también Carr, era cada vez más «hacer causa común con las gerencias, en contra de los trabajadores levantiscos». Los propios comités de fábrica terminaron convirtiéndose, a los ojos de los trabajadores, en organismos del poder central. «El concepto de que los sindicatos eran el eje de transmisión del Partido Comunista a las masas implicaba que el partido tenía que decir la última palabra en la política sindical y en la elección de las personas designadas para ejecutarla»²².

¹⁹ Idem, p. 151.

²⁰ Idem, p. 89.

²¹ Carr, E.H.: El socialismo en un solo país, p.397.

²² Idem, p. 429.

Con el inicio de los planes quinquenales, en 1928, la subordinación de los sindicatos al Estado se reforzó. En los debates que precedieron al primer plan, Tomsy, el líder de los sindicatos, defendió todavía una política de independencia de las organizaciones, pero luego fue separado por reivindicar el derecho de huelga. «En 1930, afirma Carr, toda independencia sindical había desaparecido».

Consecuencias psiquiátricas

Transformados en órganos del Estado, los sindicatos perdieron vida propia. Entre 1932 y 1954 hubo un solo congreso nacional para elegir el Consejo Central de la Confederación Sindical Nacional. En 1933 el Comisariado del Pueblo del Trabajo (Ministerio de Trabajo de la URSS) se fusionó con el Consejo Central de Sindicatos, y en 1934 se suprimió la fijación de los salarios y demás condiciones de trabajo por negociación colectiva.

Recién en 1947 se volvió a la práctica de los convenios colectivos, pero limitados a condiciones de trabajo, ya que los salarios siguieron siendo fijados por el Estado. Pero esos contratos colectivos tenían por objeto fundamental hacer participar a las organizaciones sindicales en el cumplimiento de los planes de producción, y las propias organizaciones convocan a sus afiliados a cumplir y superar las metas previstas, aumentar la productividad y difundir la «emulación socialista»²³.

En 1953 muere Stalin y la nueva dirección, que encabezaría Kruschchev, comienza a temer que la férrea subordinación de las organizaciones sindicales al aparato del Estado y al partido, y el consiguiente desprestigio que eso le había ganado ante la clase obrera, se convirtiera en un *boomerang*. H. Chambre lo documenta al puntualizar que «una serie respetable de artículos expresando insatisfacción con los sindicatos aparecieron en los años siguientes a la muerte de Stalin y culminaron con las decisiones del pleno del Comité Central de diciembre de 1957, que trataban de estimular a los sindicatos locales a tomar sus tareas protectoras más seriamente -al mismo tiempo que destacaban su papel de 'movilizadores de los trabajadores'- y a incrementar sus funciones dentro de las empresas, directamente y a través del 'consejo permanente de la producción' en el cual ellos tenían un papel principal»²⁴.

El temor de las autoridades no era infundado la muerte de Stalin no había cambiado las características básicas del sistema, pero había un grado menor de represión y, quizás lo más importante, la población creía que del proceso de desestaliniza-

²³Chambre, H.: op. cit., p. 113.

²⁴Idem, p. 303. Claudin, Fernando: La oposición en el «socialismo real), Siglo XXI.

ción y liberalización proclamado por las autoridades iría mucho más allá de lo que en realidad fue. De este modo, sucedió que se produjeron un reavivamiento de protestas laborales y también una represión implacable. Fernando Claudin en *La oposición al socialismo real* recoge numerosos testimonios de este proceso, de los cuales unos pocos sirven para evaluar la situación existente ²⁵.

En octubre de 1959, 2.000 jóvenes obreros se rebelan en el centro siderúrgico de Taimir Tau, en Kazajastán, en protesta por las condiciones de vivienda y alimentación. El movimiento es reprimido por el ejército. Con el costo de numerosas víctimas y algunos de los instigadores son condenados a muerte y, otros, a trabajos forzados. En el verano de 1961 un obrero muere en un local de la milicia en la ciudad de Vladimir. El director de la fábrica donde trabajaba pide una investigación, que determina que murió por una paliza. Los obreros de varias fábricas de la zona hacen una manifestación de protesta, que es reprimida con un saldo de muertos y heridos. El director de la fábrica, solidario con los obreros, el médico que había certificado las causas de su muerte y un pintor que había confeccionado los carteles llevados por los manifestantes, fueron juzgados sumariamente y *fusilados*.

En junio de 1962 se realizó una huelga en los talleres de forja de una fábrica de locomotoras de la ciudad de Novostserkask, y los obreros realizaron una manifestación de protesta. Los manifestantes fueron cercados por fuerzas gubernamentales y ametrallados, con la consecuencia de cientos de muertos. Los muertos y heridos fueron evacuados de la villa con destino desconocido y sus familias trasladadas a Siberia. El temor selló los labios de los testigos y el hecho se conoció fuera de la URSS varios años después, por informes de sobrevivientes.

En 1969 se registra una reactivación de acciones obreras y en 1977 se conocen los primeros intentos de crear sindicatos independientes.

Según una queja presentada a la Oficina Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas por la CIOSL, en 1977, 33 trabajadores firmaron una carta colectiva dirigida a las autoridades soviéticas y a la prensa extranjera, en la que se pedía la creación de Comisión para considerar la forma en que eran tratadas las quejas de los trabajadores por los servicios competentes. Los firmantes sostenían que habían perdido el empleo por haber criticado los abusos de sus superiores jerárquicos, el documento contenía una lista de trabajadores que habían sido internados en hospitales psiquiátricos luego de haber realizado protestas.

²⁵Claudin, Fernando: *La oposición en el "socialismo real"*, Siglo XXI.

Ante el fracaso en lograr que sus peticiones fuesen tomadas en cuenta, los firmantes de la carta colectiva decidieron la formación de un sindicato independiente. El 10 de febrero de 1978 publicaron los estatutos provisionales del Sindicato Libre de Trabajadores en la Unión Soviética, acompañados de un llamamiento a la OIT y a las organizaciones sindicales internacionales. Cuatro integrantes de la nueva organización fueron detenidos pocos días después de que se conociera su existencia. Vladimir Klabanov, vocero del grupo, que ya había sufrido varias detenciones, fue internado en un hospital psiquiátrico.

En 1979 se formó la «Unión Interprofesional Libre de Trabajadores», la que publicó una declaración en la que sostenía que en la Unión Soviética, en la mayoría de los casos de conflicto con la administración y los órganos del poder, los trabajadores no consiguen que se reconozcan sus derechos legítimos y que los sindicatos oficiales se inclinan en la mayor parte de las situaciones conflictivas a favor de la administración.

Sus seguidores fueron detenidos y encerrados en clínicas psiquiátricas. Siguiendo el procedimiento de práctica en la OIT, el gobierno de la Unión Soviética revendió a las quejas de la CIOSL, y la Comlslon de Libertad Sindical de la OIT concluye que en su respuesta «el gobierno no suministra informaciones precisas que tiendan a refutar los alegatos específicos de los querellantes con respecto a las medidas tomadas contra determinadas personas y a los motivos de tales medidas». El Comité observa también que en la represión de actividades antisoviéticas alegada por la URSS puede haberse incluido la penalización de la actividad sindical, recordando que las medidas represivas fueron tomadas poco después de haberse fundado las organizaciones²⁶.

Reactivación

En los últimos años se ha producido un reavivamiento de los conflictos laborales o, cuando menos, se proporcionó -o se filtró- mayor información sobre este tipo de sucesos.

En mayo de 1980, dos de las fábricas de automóviles más grandes de la URSS, en las ciudades de Togliatti y Gorki estuvieron cerradas debido a huelgas del personal que reclamaba más alimentos y mejores salarios. Paralelamente, se desarrolló una huelga de conductores de ómnibus en la ciudad de Togliatti²⁷.

²⁶Oficina Internacional del Trabajo, Comité de Libertad Sindical, Informes 190 (1979) Y207 (1980).

²⁷*La Nación*, Buenos Aires, 17 de septiembre, 1987.

En septiembre de 1987 se registra el hecho, seguramente inédito, de que una publicación oficial da a conocer una huelga. Se trata del semanario *Noticias de Moscú*, cuya línea editorial apoya decididamente las reformas de Gorbachov y la política de transparencia en la información, la que es resistida por los sectores más conservadores de la burocracia. La revista dio cuenta de una huelga de choferes de autobús en la ciudad de Chejov, en protesta por una reforma económica que habría reducido sus salarios, las malas condiciones de vivienda y de trabajo. La reforma en cuestión es parte de la reestructuración en marcha y consiste en el establecimiento de un sistema de pago por el cual los salarios están más estrechamente vinculados con la cantidad de trabajo realizado²⁸.

En octubre de 1987, también el semanario *Noticias de Moscú* informó que una «interrupción del trabajo» paralizó durante tres días una cadena de montaje de autobuses, en una fábrica de 700 obreros, en la localidad de Likino, en la periferia de Moscú²⁹.

En diciembre de 1987, más de 150 choferes de un depósito de camiones de Omsk, en Siberia, fueron a la huelga para exigir la separación del director de la empresa por considerado demasiado autoritario. El conflicto también fue publicado por la prensa soviética y los obreros obtuvieron sus reivindicaciones³⁰.

Los cables de agencias internacionales señalan que «la prensa soviética reseña desde hace algunos meses movimientos de protesta en las fábricas»³¹, lo que podría indicar un reavivamiento de las energías de los trabajadores, paralizadas por décadas. En esta parálisis ha jugado un papel importante la represión; el mejoramiento de las condiciones de vida respecto a los bajos niveles de las primeras décadas de la revolución; la despolitización provocada por el continuo bombardeo de fórmulas ideológicas vacías de contenido y la falta de opciones políticas que estimulen la reflexión; la desarticulación de la solidaridad de clase mediante el estímulo de la competencia entre trabajadores y, como puntualiza Deutscher, «la constante promoción de obreros inteligentes y enérgicos a los puestos de dirección, que privó a la masa de portavoces y dirigentes potenciales»³².

²⁸Clarín, Buenos Aires, 17 de septiembre, 1987.

²⁹Clarín, Buenos Aires, 15 de octubre, 1987.

³⁰El Cronista Comercial, Buenos Aires, 25 de febrero, 1988.

³¹Idem.

³²Deutscher, Isaac: op. cit., p. 60.

Situación y perspectivas

De todos modos, la clase obrera soviética no está sumergida en la desprotección y la penuria económica. El crecimiento de la URSS, con todas sus deficiencias, provee un flujo de bienes suficiente para mantener un piso de subsistencia a la gran masa de la población y ofrecer también niveles de vida más altos en las capas privilegiadas. La legislación soviética asegura un conjunto de beneficios sociales muy amplios, especialmente a los obreros industriales. También los salarios obreros son más altos que los de otras ocupaciones, incluidas algunas que requieren formación universitaria³³.

Los obreros soviéticos, al menos por ahora, tienen prácticamente garantizado el empleo, lo que excluye un elemento de fractura dentro de la clase entre ocupados y desocupados. La dificultad de las empresas para remover trabajadores -uno de los puntos en revisión en la actualidad- o la facilidad para encontrar otra ocupación siempre que el empleo no se pierda por razones políticas- permite a los trabajadores descuidar la disciplina laboral, especialmente en lo que corresponde a los ritmos de trabajo.

El bajo ritmo de trabajo es visto como una forma de resistencia por críticos socialistas de su propio sistema. Así opina Rudolf Bahro que «nuestro Estado (se refiere a la República Democrática Alemana) -y sin perjuicio de las formulaciones legales marciales y draconianas, también al soviético- no se halla, por motivos centrales, a saber, por su propio papel en la historia, en situación de forzar la misma intensidad del trabajo que el capitalismo. Desde un punto económico-político, los trabajadores tienen en el socialismo realmente existente posibilidades muy superiores de extorsionar a la sociedad en su conjunto, que los sindicatos del capitalismo, y contra toda mera apariencia las aprovechan también en la práctica, pero eso es algo que sólo pueden hacer de un modo estéril, a saber, regateando el rendimiento.

Esto vale menos para la capa inferior de los trabajadores y menos que para nadie para las mujeres, que se llevan la parte del león del trabajo a destajo en nuestra industria. Pero la mayor parte de los trabajadores cualificados determinan el ritmo de trabajo según su propio consenso».³⁴

También K.S. Karol sostiene que la baja productividad y el ausentismo provienen «de la necesidad de ahorrar fuerzas, para poder ganar algo en otra parte. No crea

³³Matthews, Mervyn: Clases y sociedad en la Unión Soviética, Alianza Universidad, Cap. 4.

³⁴Bahro, Rudolf: La Alternativa, Alianza Materiales, p. 213.

en absoluto que el bajo rendimiento de los obreros rusos se desprenda de sus orígenes campesinos o pretendidos 'comportamientos industriales'; se desprende de la necesidad de defenderse contra un sistema (los cuadros dirigentes de las fábricas, el partido, el Estado) que no garantiza el nivel de vida real y de adaptarse al sistema concreto de las necesidades, de los precios y de los medios de satisfacerlos, impuestos por una realidad que está en contradicción con la imagen oficial que el régimen da de sí mismo»³⁵.

En estos tiempos, la política de la nueva dirección soviética reactualiza la cuestión de la disciplina laboral, la libertad de expresión y de protesta. Entre las principales medidas de reestructuración económica en curso figuran la reducción de subsidios a la producción de bienes de consumo y reformas en el régimen de precios para adaptado paulatinamente a la apertura económica hacia occidente, lo que causará aumentos de precios en bienes de consumo masivo. Este tipo de aumentos ha dado origen, desde hace años, en la URSS y en otros países socialistas, a protestas masivas y a intentos de formación de organizaciones sindicales independientes.

Otro de los instrumentos de la reestructuración es vincular los precios que cobran las empresas a la calidad de sus productos y a sus resultados económicos, lo que causa reducciones de los fondos salariales -y de los salarios pagados- en las menos exitosas. También se permitirá que cierren las empresas antieconómicas, que dependen de subsidios para mantenerse, y que algunas actividades sean relocalizadas, lo que puede generar desocupación hasta niveles desconocidos hasta ahora.

A diferencia de las anteriores, la actual dirigencia soviética se propone realizar estas transformaciones ampliando las posibilidades de información y de expresión; Gorbachov y sus seguidores insisten en que no puede haber «perestroika» sin «glasnost» (reestructuración sin transparencia). De este modo aparece, en la escena soviética, un desafío inédito, que pondrá a prueba la capacidad política de la nueva dirección y las energías de la clase obrera, y mostrará a la URSS, nuevamente, como un organismo vivo y cambiante, capaz otra vez de inspirar transformaciones en el escenario social internacional.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 99 Enero-Febrero de 1989, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

³⁵Karot, K.S.: Poder y oposición en las sociedades prerrevolucionarias, Editorial Laia, p. 9.